

Capítulo quinto

Líbano

Jose Luis Cabello Rodríguez

Resumen

En los últimos años, la permanente crisis del Líbano ha estado marcada por dos tendencias. Una el permanente intento de Hezbollah por hacerse con el poder, manteniendo el bloqueo institucional y amenazando, de forma más o menos velada con acciones violentas si sus deseos no se cumplían, como el evitar ser acusado como institución en el asesinato del primer ministro Hariri en 2005. El otro acontecimiento, si bien externo no por ello menos perturbador ha sido la guerra civil en Siria. El flujo de refugiados, en su inmensa mayoría sunníes anti-Assad, que ha supuesto un doble problema, humanitario y político y la participación militar de Hezbollah en el conflicto con un número elevado de pérdidas, incluidos importantes comandantes militares, y la respuesta yihadista contra los enclaves de población chiíes, han supuesto una carga adicional que sin embargo no ha sido capaz de hacer saltar el país por los aires como muchos predecían.

Palabras clave

Líbano, Hezbollah, Siria, Oriente Medio.

Abstract

Over the last years Lebanon has suffered a permanent crisis with two main trends. One is the permanent attempt of Hezbollah to assume power, blocking the political institutions normal functioning and threaten with violent actions if it doesn't reach its goals, mainly to avoid the indictment in the murderer of Prime Minister Hariri in 2005. The other relevant event is the Syria Civil War. The refugees flow, most anti – Assad Sunni, is a humanitarian as well as political problem. Hezbollah fight in Syria, with significant casualties including some relevant commanders and jihadist retaliations over Shia population have imposed an additional pressure over the country that resist till the present moment despite negative forecasts.

Keywords

Lebanon, Hezbollah, Syria, Middle East.

Introducción

Visión de la región geopolítica

Si hay una región cuyo solo nombre evoca conflicto, esa es Oriente Medio. Aunque el término es confuso, para encuadrar el conflicto libanés se va a considerar como tal el espacio comprendido desde la península de Anatolia al norte, hasta el extremo sur de la península Arábiga; con las zonas que las conectan de Mesopotamia, Levante, Palestina y el Jordán, más los territorios de Egipto e Irán.

Históricamente, los actores estratégicos se han situado en los extremos: Egipto, Anatolia, Mesopotamia y la meseta Irania; y han mantenido la pugna por el territorio central que sirve de pivote entre ellos. En este centro se sitúa la cuna del judaísmo y el cristianismo, lo que convirtió a Palestina en un territorio con un valor emocional muy superior a cualquier otro económico o estratégico. La Península Arábiga se mantuvo al margen hasta que la aparición del islam la convirtió en un centro intermitente de poder, inicialmente militar y político, para luego convertirse en un foco de referencia espiritual con una influencia capital en el mundo.

La pugna de los poderes periféricos se desarrolló hasta que a finales del siglo XIX y principios del XX prácticamente toda la zona estaba bajo el Gobierno del Imperio Otomano, quedando reducido Irán a la marginalidad geopolítica, siendo contemplado en esos momentos más como un área en conexión con el sur de Asia y las fricciones ruso-británicas que como el origen de un poder que irradiase sus vectores geoestratégicos.

Al acabar las dos guerras mundiales el panorama era otro. La desaparición del Imperio Otomano y la descolonización franco-británica originó una pléyade de nuevas entidades políticas sobre la base de fronteras artificiales, que compartían espacio con entidades milenarias de geoestrategias invariables. Un Irak creado e inexistente con anterioridad aparecía en pie de igualdad con los milenarios intereses de Egipto.

Sin embargo, el elemento definitivo de generación del conflicto fue la constitución del Estado de Israel, inicialmente previsto solo sobre una parte del Mandato británico de Palestina. Rechazado desde entonces por la mayoría árabe de la región, que quería un Estado palestino multireligioso y unido (con una mayoría árabe), su existencia ha generado desde entonces una situación de inestabilidad permanente, con numerosos estallidos bélicos, convencionales o no.

Estas dos circunstancias, descolonización apresurada en sus plazos y artificial en sus resultados, junto a fronteras con Israel han creado el conflicto del Líbano. El Líbano representa en sí mismo todo el sistema de contradicciones, desequilibrios y enfrentamientos ancestrales que componen el sis-

tema geopolítico de Oriente Medio. Ha disfrutado de periodos de prosperidad envidiable, en relación con sus vecinos, que no han evitado que los libaneses se hayan enzarzado en violentas disputas para alcanzar el poder o evitar que la fracción rival lo consiguiese; tirando por la borda lo conseguido en las épocas de paz.

Para ser justos hay que reconocer que los libaneses han bailado, desde su peculiar proceso de independencia de Francia, sobre un volcán, asumiendo que el país se encuentra en una posición en lo concerniente a la geografía física y humana que lo condena a unos equilibrios tan imposibles en el interior como en el exterior.

Relevancia del conflicto

Con una historia reciente constituida por una sucesión de tragedias humanas, fracasos sociales y políticos y mágica supervivencia, el estudio del caso libanés es relevante porque, a día de hoy, es un ejemplo de cómo interactúan, sin grandes dosis de violencia, actores e intereses que en otros puntos del mundo árabe, como en el caso sirio, lo hacen en conflicto abierto.

El estudio de las relaciones entre las dinámicas internas del Líbano y la Guerra Civil en Siria es otro punto fundamental para prever escenarios no deseados. Más allá de la presencia de fuerzas de Naciones Unidas, con representación española, en el país, la situación geográfica del Líbano, para Europa es un punto que debe mantenerse estable para evitar que desde él se origine una avalancha de refugiados, bien por la expulsión o el endurecimiento de la actitud hacia los que han huido allí desde Siria, o porque una erupción de violencia expulse hacia otras zonas tanto a la población autóctona como a los desplazados que ahora lo habitan.

Cualquier desestabilización de este país obligaría a Israel a intervenir de forma abierta y supondría una cascada de reacciones políticas, militares y económicas por los actores regionales y globales que dañarían el escenario de recuperación de la economía global.

Antecedentes del conflicto

Antecedentes remotos

Los antecedentes remotos del conflicto se pueden rastrear hasta la época de la dominación otomana. En esta época aparece en Oriente Medio el concepto de «arabismo» como respuesta a los intentos de los «jóvenes turcos» de creación de un sentimiento nacionalidad imperial, similar al que profesaban los «Dominios Blancos» en relación a la corona británica entre los diversos pueblos del Imperio. Se buscaba la base para una modernización de las estructuras de Gobierno que le permitiese afrontar el acoso de las potencias

europas, sumando a la idea de un «otomanismo inclusivo» a poblaciones tradicionalmente pasivas u hostiles a la dominación turca, a la que se la toleraba, en las zonas árabes, más como vehículo del califato islámico, que como una forma de gobierno aceptable.

Esta ofensiva ideológica fue vista en esas zonas de mayoría árabe como un intento de asimilación y pérdida de la identidad cultural y étnica, en una época en la que la debilidad política y militar turca estaba lanzando a las minorías ilustradas a buscar soluciones políticas que pasaba por desvincularse de la sublime puerta.

Los incipientes movimientos nacionalistas árabes fueron atajados violentamente por las autoridades turcas. De hecho, el monumento a la Independencia que se levanta frente a la Gran Mezquita de Beirut no glorifica a mártires sacrificados por los occidentales, sino por los turcos.

Tras la derrota turca en la Gran Guerra y a tenor del pacto Sykes-Picot, Francia heredó el bloque levantino de los dominios turcos y se planteó el dilema que se extenderá hasta hoy. Cuál es el proyecto político que se pretende auspiciar y cuáles son sus posibilidades de prender entre la «*intelligentsia*» no suscitar el rechazo entre el pueblo. La solución representó la permanencia de la visión geopolítica francesa de Levante, división del mandato francés en dos naciones de forma que la población cristiana del Líbano supusiera una garantía de occidentalización permanente en la región, constituyendo la punta de lanza de una influencia francesa en la zona.

Antecedentes próximos

Las condiciones en que se hizo la descolonización, descomposición nacional francesa en la Segunda Guerra Mundial (en la que el Mandato de Siria constituyó el único lugar del Imperio en el que las fuerzas terrestres francesas libres y de Vichy se enfrentaron) y crisis política permanente de la Cuarta República, generaron una salida forzada a la palestra internacional de Siria y el Líbano. Sin los recursos naturales de Argelia o Indochina, mantener un polvorón político y social no entraba en los cálculos franceses desde antes de la guerra.

Y aparentemente la solución era acertada. La existencia del Estado de Israel y la derrota frente a él, bien es verdad que con escaso empeño en la victoria por parte libanesa, no disminuyó la condición de país árabe más occidentalizado, donde las confesiones musulmanas se veían obligadas a convivir y tolerar a las cristianas, compartiendo el poder con ellas y no simplemente tolerando su existencia. El ejemplo que constituye la presencia de la Universidad Americana de Beirut, desde 1886, supone una excepción a la existencia de una enseñanza exclusivamente islámica y ha garantizado la difusión del pensamiento occidental incluso entre los estudiantes musulmanes de

ambas confesiones, que han acudido a ella en busca de una formación técnica difícil de encontrar en el resto del mundo árabe.

El desarrollo natural de los acontecimientos apuntaba a una excepcionalidad levantina donde la tolerancia, la educación y una red de servicios bancarios muy desarrollada habría sido el nexo de unión entre las diversas expresiones políticas del mundo árabe y un occidente que solo mantenía con esta zona el contencioso del reconocimiento del Estado de Israel.

Desde entonces, el origen de todos los problemas del Líbano es su propia organización política, que reconoce y consagra un reparto del poder en base a comunidades religiosas y no a ideologías políticas como sería normal en una democracia parlamentaria. Las lealtades se han dirigido así más hacia el grupo religioso que hacia el Estado y es muy difícil crear sentimientos de pertenencia a una comunidad nacional. Si en el origen de su andadura como país independiente la solución de asignar las más altas magistraturas a determinadas confesiones, presidente cristiano, primer ministro suní y presidente del parlamento chií, fue una fórmula que garantizó la estabilidad, mantener este reparto ha llegado a ser una rémora en las instituciones y consagra la desconfianza entre las comunidades que impide una transversalidad integradora.

La realidad nacional quedó de forma legal subordinada a las comunidades religiosas y los conflictos se resuelven de una forma «a la libanesa», se retrasan en el tiempo hasta buscar una fórmula de ni vencedores ni vencidos. La consecuencia es un recurso a la parálisis institucional y al bloqueo de las soluciones más comprometidas y eficaces.

El país no solo se encontraba dividido en un cúmulo de comunidades, es que las diferencias sociales eran abismales. La existencia de esta matriz de intereses y lealtades ha pesado como una losa sobre el proyecto nacional y ha propiciado los sucesivos conflictos internos, que se arrastran hasta hoy.

Si no bastaba con los factores internos, el Líbano se encuentra geográficamente encuadrado entre Siria e Israel, lo que ha propiciado que el país haya sufrido las consecuencias de todos los conflictos entre ambos, pese a solo haber participado, de forma poco brillante dado el tamaño y calidad de sus Fuerzas Armadas, en la guerra de 1948 para evitar la partición del antiguo territorio del Mandato británico de Palestina y el nacimiento del Estado de Israel.

Si la solidaridad árabe, y la esperanza de que ejércitos poderosos hiciesen el trabajo duro, le llevaron a esta aventura bélica, la experiencia de la derrota y la conciencia de las ventajas de invertir capital humano y financiero en un eficiente sistema bancario y solo propaganda en su enfrentamiento con Israel, le mantuvieron alejado de las sucesivas guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973. Sin embargo, el Líbano mantiene un estado técnico, y en ocasiones real, de guerra con su vecino del sur.

La aparición de Israel provocó la diáspora palestina. Los palestinos que habían ido llegando desde 1948, al final de la primera guerra árabe-israelí, se convirtieron en un factor de desestabilización tras la llegada de los expulsados de Jordania por las armas por el Gobierno hachemita. Su número y capacidad militar los convirtieron en un poder sin control dentro de la frágil estructura institucional libanesa. En un país con unas estructuras militares y de seguridad muy frágiles, la presencia de una masa sunní, que podía desequilibrar el reparto de poder, armada y actuando al margen de las necesidades del país (básicamente paz y estabilidad) fue una calamidad.

La Segunda Guerra Mundial debió de enseñar a más de un gobernante que una vez que un colectivo emprende el camino del exilio, las posibilidades de regreso son prácticamente nulas. Ni los judíos supervivientes del Holocausto fueron bienvenidos a sus países de origen en el este de Europa, ni los alemanes de Prusia Oriental y los Sudetes han regresado jamás a sus casas (ni han condicionado la política exterior alemana). Las posibilidades de que los palestinos que abandonaron Israel regresaran y recuperaran sus propiedades eran igual de nulas, pero, al contrario que alemanes, o judíos, no tenían una «patria» a la que acogerse, excepto la «Umma», la comunidad de creyentes musulmana.

Aunque inicialmente bienvenidos, la avalancha de refugiados supuso un grave problema humanitario, especialmente para países que no eran precisamente ricos. Pero además los palestinos se constituían en un actor estratégico impredecible y manejable en un mundo claramente dividido entre los intereses de Estados Unidos y la Unión Soviética. Al no tener un único país que respondiese por ellos con una clara agenda política y estratégica acudieron desde el primer momento a una lucha irregular contra Israel, que se extendía desde las acciones clásicas de guerrilla al terrorismo como forma de «propaganda por la acción» que mantuviese viva sus reivindicaciones en las agendas de los principales poderes regionales y globales.

Su odio a Israel les llevó a atacarlo desde cualquier territorio fronterizo en el que asentase y, no solo en el caso libanes, a provocar las represalias israelíes sobre los territorios desde los que partían los ataques. Al final se convirtieron en un estado paralelo, que incluso imponía contribuciones y ejercía su particular coacción sobre la población local. La zona sur, se convirtió en un territorio donde Al-Fatha imponía su ley y controlaba a la población autóctona, que se vio en un creciente fuego cruzado palestino-israelí sin que desde Beirut pudiesen hacer nada. No es de extrañar que en la primera invasión israelí del Líbano en 1978, cuando además ya se llevaban tres años de guerra civil, la población libanesa aplaudiera al paso de los carros de combate hebreos.

Esta combinación de debilidad institucional, falta de sentimiento nacional, desigualdad social, presencia palestina y vecinos poderosos que influían en su política acabó por llevar al Líbano a la guerra civil en 1975. Lo curioso de

esta contienda es que se mantuvo una ficción de estado, de manera que a su fin el reparto del poder por comunidades era el mismo. Los recuerdos de la crisis de 1958 sirvieron como referencia durante todo el conflicto.

El conflicto, que surgió inicialmente del recelo, y consiguiente constitución de milicias armadas, en la comunidad cristiana frente al creciente poder de las milicias palestinas fue la puerta al intervencionismo sirio e israelí.

La recurrencia de las crisis en el país de los cedros ha llevado a los países occidentales a considerarlas como algo asumible y no como un indicador de la fragilidad de la situación de Oriente Medio. Nunca se ha conseguido que la franja levantina sea una zona totalmente prooccidental y cabeza de playa contrapuesta al arabismo, socialista o yihadista, que ve a occidente desde una tradición que se remonta a la acción de los cruzados a las colonizaciones/ protectorados de finales del siglo XIX a principios del XX y que llega hasta las cosmovisiones islámicas de la actualidad en la que occidente asume el papel de brazo ejecutor del mal, debido a pecados que pasan desde la arrogancia (Teherán dixit) a la idolatría o la inducción a la apostasía y el ateísmo, en resumen la encarnación de unos valores totalmente opuestos a los del islam.

La vecindad de Siria añade un punto de insania a los conflictos internos. El vecino, que abraza su geografía, es también otro mosaico explosivo, que ha permanecido unido gracias al régimen baazista de los Assad. Con una sólida alianza con la Unión Soviética primero y la Federación rusa después, que le ha hecho de valedor internacional contra viento y marea; la curiosa mezcla de ideología «progresista» y despotismo de base familiar ha mantenido en la marginalidad del poder político a la mayoría de la población sunita. La concepción geopolítica más elemental llevaría a cualquier Gobierno sirio a vigilar y tratar de controlar al Líbano, por lo que la llamada de socorro que recibieron en 1976, para tratar de intermediar en la guerra civil no hizo más que proporcionar la excusa para la intervención militar a gran escala.

Lo verdaderamente importante en la vida política libanesa es que el desarrollo que se vivió en los sesenta y primeros setenta del siglo XX desapareció y el recelo que siempre se había mantenido entre las comunidades de un país poco menos que inventado, afloró de forma violenta. A ejemplo de los palestinos, los partidos políticos, de base étnico/religiosa, crearon sus propias milicias y se prepararon para mantener las redes de poder por la fuerza de las armas.

La guerra civil supuso la anulación de las estructuras de estado a nivel operativo. Aunque nunca se dejó de buscar un acuerdo y se mantuvo una ficción de Estado, este desapareció. La violencia estuvo a punto de destruir el país y un «Maronistán» cristiano estuvo a punto de cristalizar. Las escasas infraestructuras desaparecieron por la acción de las armas o por falta de mantenimiento y el país se sumió en un agujero negro. Existían unas fronteras que eran virtualmente respetadas, pero en el interior no existía más que un caos

sustentado en la fuerza de las armas. Lo cierto es que en aquella última fase de la Guerra Fría nadie estaba interesado en la desaparición del Estado libanés, que solo podría haber sido ocupado por Siria, aliado fiel de la URSS.

Consecuencia de la inseguridad producida por los palestinos y después por la guerra civil Israel invadió recurrentemente el Líbano, llegando a sitiar Beirut y provocando, entre el general alivio de los libaneses, que la plana mayor de Al-Fatah con Yasser Arafat al frente se retirase a Túnez.

Una consecuencia de la guerra civil y la intervención israelí fue la aparición de Hezbolá, literalmente «El partido de Dios». La comunidad chií, que tradicionalmente había sido la menos relevante en términos políticos y económicos, empezó a articularse en torno a un movimiento que desde sus inicios, procedente del más tradicional Movimiento Amal, fue la cadena de transmisión de Irán. Los primeros comunicados de Hezbolá insistían en la identificación de Estados Unidos y de la URSS como enemigos del islam. La eficacia militar que le proporcionó el entrenamiento y equipo proporcionado por la Guardia Revolucionaria iraní le permitió no solo combatir a Israel sino empezar una campaña de intimidación y presencia en la vida política libanesa respaldada por el empleo de la violencia.

La principal fuente de prestigio para el naciente movimiento fue su capacidad para hacer tan costosa la permanencia de Israel en la franja al sur del Litani que al final condujo, por primera vez en la historia militar israelí, a una retirada forzada por un adversario, que precisamente no era un estado.

Si se hubiese tratado de un movimiento suní su prestigio hubiese sido inmenso en el mundo árabe, siendo chií, los iraníes se dieron cuenta de que habían acertado en la creación de la fuerza con la que golpear a Israel y convertirse, a los ojos de la opinión popular musulmana, y fundamentalmente de los palestinos, en la única esperanza contra el sionismo.

Su particular influencia sobre Israel, desde cuestiones tácticas al desarrollo del concepto de «guerra Híbrida», ha sido determinante en la evolución de los conceptos de combate del Ejército israelí. Israel se había enfrentado, tradicionalmente a dos opciones a su respuesta militar a cualquier amenaza. O bien una amenaza convencional aeroterrestre, salvo en el caso jordano, poco coordinada e ineficiente, o bien un enemigo que utilizaba con más o menos fortuna conceptos de guerra asimétrica y de insurgencia.

Hezbolá fue el primero en coordinar ambas formas de la acción. Combate convencional, normalmente defensivo, dada la desproporción de capacidades, y una vigorosa campaña de resistencia irregular, de forma que la coordinación de actividades para enfrentarse a ambos modos de combate simultáneamente degradase las capacidades de mando y control y de maniobra del Ejército israelí. Sin contar con que en 2006, a pesar del esfuerzo terrestre israelí y de la campaña aérea, el lanzamiento de cohetes sobre el norte de Israel no se detuvo ni un solo día.

Situación actual del conflicto

El asunto que ha marcado la evolución, o mejor dicho, el estancamiento de la situación política del Líbano fue, hasta el estallido de la crisis siria, el desarrollo de las investigaciones sobre el atentado que costó la vida al primer ministro Hariri.

El 14 de febrero de 2005 Hariri fue asesinado por un coche bomba que quitó también la vida a 22 personas. Este hecho conmocionó al Líbano, que no creía que desde el fin de la guerra civil tales niveles de violencia pudieran reproducirse. La primera consecuencia fue un movimiento de masas de carácter nacionalista libanés, que agrupó a los que se oponían al tutelaje de Siria y la pujanza de su aliado chií. La reacción fue de tal magnitud que el régimen de Damasco, ante la alternativa de enfrentarse con la población libanesa, se vió obligado a repatriar su tropas y la estructura de seguridad que habían respaldado su influencia más allá de la vigilancia de los acuerdos de paz. Inmediatamente, los chiíes y sus aliados organizaron otro movimiento y una oleada paralela de movilizaciones, temerosos de quedar sumergidos por la alianza de fuerzas lideradas por el hijo del primer ministro asesinado.

La consecuencia del asesinato fue el inicio de una investigación cuyas consecuencias se extienden hasta el presente. El principal sospechoso, Hezbolá como parte del entorno de Siria, siempre amenazó con consecuencias políticas o de cualquier otro tipo si la organización resultaba salpicada por dichas investigaciones. Más allá de las simpatías que la víctima pudiese tener en los sectores pro-sirios y chiitas (entre pocas y ninguna), aparecer abiertamente como un terrorista contra sus propios nacionales dañaría irremediablemente el aura de «resistencia» de la organización, ya que Hariri nunca pudo ser situado ni de lejos en la órbita del «enemigo sionista».

Además se reforzaría la idea del Líbano como país rehén, primero de los sirios y luego de los chiíes y de sus aliados iraníes, lo que podría debilitar la base electoral no estrictamente confesional. Aunque siempre quedaría el recurso de una conspiración sionista para debilitar la trinidad estratégica de Hezbolá: pueblo–ejército–resistencia; que sería aceptada sin dudar entre los chiíes, la legitimidad de cualquier gobierno que incluyese a Hezbolá quedaría maltrecha en el interior del Líbano y en cualquier foro internacional que no fuesen las negociaciones directas con Rusia, Siria o Irán.

Con el paso del tiempo Hezbolá ha ido aprovechando la debilidad del estado para extender su influencia, superponiendo sus propias estructuras a las oficiales, con el ánimo de neutralizarlas primero y suplantarlas después en una aproximación lenta a la toma del poder.

En 2008 saltó el escándalo de la seguridad en el aeropuerto de Beirut, donde Hezbolá había establecido un sistema de control de pasajeros en la sombra con unos sistemas de grabación de imágenes que no estaban oficialmente declarados y que eran controlados por los encargados de la seguridad

que pertenecían todos al Movimiento chií. El asunto, que implicó la destitución de los miembros de Hezbolá, produjo unas tensiones inusitadas, en las que Nasrallah presentó al movimiento como víctima de una conspiración y no como responsable de un delito. Se trataría en fin de dislocar la capacidad de seguridad de un partido que estaba amenazado por los servicios de seguridad israelíes y de permitir a estos un acercamiento más fácil a los líderes chiíes. El resultado final fue el reforzamiento de Hezbolá y el otorgamiento de una capacidad de veto sobre acuerdos parlamentarios.

La investigación del asesinato de Hariri, entre tanto, no se detuvo, principalmente porque se dirimía en un tribunal internacional. El hecho de que finalmente fueran miembros de Hezbolá, aunque no se acusase a la organización en su conjunto, los considerados como autores materiales ha provocado la inestabilidad política, un bloqueo institucional de los típicos en el Líbano. Una consecuencia de este enfrentamiento es la falta de acuerdo para elegir a un nuevo presidente, desde que en mayo de 2014 Michael Suleiman completase su mandato de seis años. Aunque institucionalmente la escasa relevancia de los poderes del presidente hace que la vida administrativa continúe pese a la falta de acuerdo, esta evidencia la fractura entre los dos bloques que configuran la vida política libanesa.

Por una vez la dinámica del conflicto de Oriente Medio salvó al Líbano. El estallido de la guerra civil siria desvió toda la atención de la clase política libanesa a dos cuestiones. El flujo de refugiados sirios, mayoritariamente sunníes (como los palestinos) y la debilidad militar del Bashar Al Assad frente sus enemigos, que le hacía perder terreno constantemente en la parte útil del país pasaron a ser los asuntos que captaron la atención de los líderes libaneses.

El caso de los refugiados se ha venido complicando por la presencia entre ellos de combatientes que necesitaban cuidados médicos y que en cuanto se reponían volvían a sus facciones y de, muy limitadas, infiltraciones de combatientes anti-Assad que han usado el Líbano para efectuar ataques por sorpresa en áreas supuestamente seguras para Damasco.

Para el Líbano, este millón y medio más de refugiados es otro reto. Primero desde el punto de vista de la capacidad para atender la crisis humana, segundo porque la gran mayoría son anti-baazistas y suponen un riesgo potencial para los que desde el Líbano apoyan al régimen sirio. Por ahora no hay que pensar en un estatus a largo plazo, pero la solidaridad árabe no ha permitido que los palestinos se integren en la sociedad libanesa con la excusa de salvaguardar su «derecho al retorno». Dadas las características religiosas de esta nueva oleada no es de esperar un trato diferente. La concesión de derechos a estas poblaciones, caso de su establecimiento más o menos definitivo en el país, supondría un vuelco en el equilibrio político-religioso.

El riesgo de colapso del régimen baazista impulsó la participación creciente de Hizbulá en el conflicto. Al principio se trató de asegurar que los insurgen-

tes no usasen el Líbano como base de operaciones, luego la participación de unidades de la milicia chíi, hasta nivel brigada inclusive, con unas pérdidas notables, al decir de sus adversarios.

Esta creciente participación, sobre todo a partir de junio de 2013, ha sido fuente de especulaciones sobre la posible intervención de Israel para aprovechar el debilitamiento de las capacidades militares convencionales de su enemigo en el sur del Líbano, sin embargo mientras es altamente dudoso que esta circunstancia se produzca.

Hezbollah está totalmente volcado en el conflicto de Siria y mientras dure esta situación no provocará a Israel directamente, ya que una intervención israelí le haría tener que volcarse en su propio territorio, para ser la resistencia que se enfrentase al «enemigo sionista», debilitando el esfuerzo que sus mentores iraníes le están exigiendo frente al Estado islámico y las milicias anti-Assad. Israel está muy cómodo viendo como sus adversarios se desangran y no es creíble que vaya a participar si no ve amenazados sus intereses estratégicos más vitales, cosa que está lejos de suceder. Un conflicto abierto en el sur del Líbano provocaría extraños compañeros de trincheras y es seguro que, al menos de forma no coordinada, las acciones del Daesh y de Israel resultarían mutuamente beneficiosas. Por otra parte el tener una intervención israelí en su flanco obligaría al régimen sirio y a sus aliados a organizar un «contingente de observación», que se sustraería a las operaciones principales contra el Estado islámico.

Las motivaciones de la participación de Hezbollah¹ en Siria son estratégicas y políticas más allá de cualquier obligación de apoyo a otra comunidad religiosa. Por una parte Siria ha sido siempre un aliado, aunque nunca se ha constituido en el principal proveedor de armas o fuente de recursos financieros, papel que corresponde a Irán. La ayuda a Siria es presentada como una contención de los radicales musulmanes sunníes² que resultarían letales para sociedades multiculturales como las de Líbano y Siria donde, no sin tensiones, han convivido sunníes, chíes, cristianos y otras minorías como los drusos.

La violencia sobre todos los que no comparten la fe sunní o no la profesan con la intensidad debida de que ha hecho gala Daesh avala esta justificación en los sectores de la población libanesa que se verían afectados por una derrota siria y una intervención islamista en su territorio.

Por otra parte capas de la población, no solo en Líbano, que hasta ahora veían a Hezbollah como un pilar de la resistencia frente a Israel han pasado a verlo como un actor más en disputas entre musulmanes y un enemigo de

¹ <http://www.iai.it/it/pubblicazioni/impact-syrian-crisis-lebanon>. The impact of the Syrian Crisis on Lebanon. Local and regional Rationales for Hezbollah's Involvement in Syria. Charles – Brian Blondi. IAI Working Papers 13 /31 octubre 2013

² Denominados «Takfirin»

los campeones del sunnismo como Arabia Saudí y Qatar. En cualquier caso, para Hezbolá Siria es un asunto importante pero no vital. Su supervivencia e influencia en el Líbano estarían aseguradas aún en el caso de una derrota de Al-Assad.

En cuanto a la situación interna del Líbano, nada sería de más agrado para el El que un brote de violencia internacional o civil en el Líbano, que obligase a Hizbulá a disminuir su esfuerzo en Siria. Sin embargo este escenario no es contemplado con agrado por ninguna de las facciones que conforman el panorama político libanes, que no ven rentable un debilitamiento por las armas de las fuerzas que se agrupan tras Nasrallah.

El regreso al estatus quo anterior a la guerra civil siria, un régimen estable en Damasco con una orientación favorable a Teherán, con o sin Bachar en el poder, acarrearía el continuo territorial tan necesario para que Irán abastezca a Hezbolá, pero cuando eso era un hecho no era un factor que azuzase la posibilidad de choques internos generalizados en el Líbano, más allá de los inevitables en un país altamente «milicianizado» y en el que el armamento pesado no es, ni mucho menos, una exclusiva de las Fuerzas Armadas.

La muerte en combate de Mustafá Badreddine, líder militar de Hezbolá cerca del aeropuerto de Damasco el 14 de mayo de 2016 pone de manifiesto el grado de implicación de la milicia en la guerra civil siria y la importancia que se le concede, y no solo por Hezbolá. Los rumores de que la organización dispone una unidad de entidad Brigada mecanizada, supone que está tomando una experiencia, y un material, que pueden ser perturbadores para la futura estabilidad del Líbano. Como consecuencia de este incremento de la capacidad convencional de Hezbolá, el primer ministro israelí ha reconocido ataques a objetivos en territorio sirio donde se encontraban armas que, en opinión de Israel, podían proporcionar a los chiitas capacidades tecnológicas que no están dispuestos a permitir, para así mantener la necesaria brecha operacional.

En cuanto a la situación política en el Líbano, en general la población, aunque con un grado de división religiosa e ideológica muy acusado, desconfía de sus líderes y está convencida, con razón, de que existe un grado de corrupción muy elevado a todos los niveles³, que es admitida en tanto en cuanto reparte beneficios entre sus partidarios creándose un clientelismo que la perpetua y extiende. La ausencia de servicios sociales de titularidad pública hace que los que patrocinan las facciones, en especial el seguro médico patrocinado por Hezbolá, sean una forma de reforzar lazos comunitarios y a veces de generar lealtades extrañas, no siendo raro ver a cristianos y suníes que están afiliados. Las penurias de una población con un sentimiento de

³ En 2012 una encuesta revelaba que el 71% de los libaneses confiaba en las Fuerzas Armadas, mientras que solo el 12% lo hacían en el Parlamento y apenas el 5% en los partidos. European Union Institute for Security Studies. Lebanon: an Officer and a president? Florence Gaub. Abril 2014. http://www.iss.europa.eu/uploads/media/Alert_23_Lebanon.pdf

abandono por parte de sus líderes hacen que quienes prestan las mínimas atenciones a las necesidades de los más pobres cosechen un apoyo a veces impredecible.

Lo cierto es que el sistema de reparto de poder por comunidades religiosas ha sido, contra todo pronóstico, una de las razones de la supervivencia hasta hoy del Líbano como nación al asegurar una cuota fija de poder y por el contrario puede ser una de las garantías de estallido en cualquier momento. El caso de la elección de militares cristianos para el puesto de presidente sin que haya habido una «degaullización» de la institución es la prueba de lo asumido que está el sistema.

El auge de la comunidad chií, a costa de la capacidad de influencia y sobre todo de los niveles de bienestar de las comunidades cristiana y suní, puede provocar la desafección de estas al sistema y movimientos de carácter violento por temor a situaciones de sumisión y dependencia de unas comunidades frente a otras. Aunque, por ahora, lo que se está produciendo es el desplazamiento del apoyo cristiano hacia Hezbolá a quien ven con más posibilidades de victoria en caso de un conflicto interno, aunque por el momento, este apoyo no desestabiliza el equilibrio entre los bloques.

El experimento sirio, basado en la teórica igualdad de los miembros de todas las comunidades y en una superioridad del sentimiento nacional frente al de pertenencia al grupo étnico o religioso ha fracasado de forma demasiado visible para los libaneses. Por otra parte este mismo fracaso alimenta la idea de que el imaginario colectivo es la única forma de supervivencia en un mundo de lealtades muy específicas. El continuo deterioro de las condiciones de las comunidades cristiana y suní, sin olvidar la reducida población drusa, junto al imparable ascenso del peso específico de los chiíes hace que las relaciones de comunidad cobren un valor muy especial para las generaciones que vieron otras distribuciones de poder y ven en cualquier redistribución una amenaza a la misma supervivencia del grupo y su reducción a la marginalidad política.

El sistema democrático, que en un país con una sociedad civil tan vigorosa como la libanesa debería llevar a un control, al menos interno de cada bloque, esta mediatizado por un, cuando menos curioso, sistema de empadronamiento pensado para evitar que los cambios de localidad puedan alterar la distribución religiosa asignada a cada zona, así personas que se desplazaron a los núcleos urbanos buscando oportunidades de trabajo están obligadas a votar en sus localidades natales, con lo cual el mapa político tiene pocas posibilidades de cambio.

Por otra parte se está produciendo la aparición de movimientos como el *Beirut Madinati* (Beirut mi ciudad) que suponen la manifestación de ese hartazgo frente a la clase política y al deterioro de las condiciones de vida. Junto con *Ciudadanos dentro de un Estado* representan una lucha por las mejoras de las condiciones básicas de vida antes que una reivindicación ideológica, la crisis

de las basuras del verano de 2015 supuso el inicio de las movilizaciones de signo transversal a las comunidades y que se extiende en el crecimiento de movimientos «nuevos» para municipales de 2016 y muy posiblemente para las legislativas de 2017.

De todas formas cualquier proceso de cambio en la estructura política libanesa para pasar de un sistema basado en cuotas religiosas a otro basado en matices ideológicos al estilo europeo no es algo que se vaya a producir de hoy para mañana. El sistema religioso vertebrado, para bien o para mal, a todo el sistema político libanés y las redes de intereses, a veces internacionales como en el caso chií no van a resignarse a perder cuotas de poder e influencia de forma pasiva.

Sin embargo no hay que olvidar que este sistema está pensado para garantizar el equilibrio y no el predominio de comunidades en países donde el sentimiento nacional no tiene más precedentes que la descolonización. El predominio opresivo de una comunidad sobre las demás lleva indefectiblemente a conflictos internos.

Si a lo anterior sumamos desequilibrios económicos y de calidad de vida importante entre comunidades el caldo de cultivo del conflicto está listo. La situación actual es una masa sunní empobrecida y que ve con frustración como los chiíes se están haciendo con el control real de la situación política; esto está llevando a que la creciente marginalización de esta población la haga mirar hacia formas radicales de interpretación religiosa donde creen encontrar la respuesta a sus problemas y el aliento para la lucha en todas sus formas. A mayor abundamiento, el ejemplo sirio es paradigmático, el recurso a la respuesta armada es visto cada vez con menos recelo entre una población que todavía tiene grabadas las vivencias y consecuencias de la guerra civil. El norte, especialmente el área de Trípoli es el ejemplo más representativo de esta situación, donde los mayores índices de pobreza se concentran entre la población sunní urbana.

Papel de los actores externos

En el Líbano han jugado sus cartas con fuerza Siria, que siempre ha intentado una anexión más o menos velada e Irán. A esta injerencia se han opuesto, sin éxito hasta el momento, las naciones occidentales y la ha combatido con las armas, sin mejores resultados Israel.

Desde 2011 Siria ha dejado de ser un actor con capacidad de influencia en el Líbano para ser un factor cada vez más determinante de la política interna a través de los refugiados y los grupos insurgentes. El papel de tutelaje ha sido sustituido por uno de colaboración en un plano de igualdad entre el Gobierno sirio y Hezbolá que se ha ido involucrando cada vez más para evitar el colapso de su aliado tradicional y la aparición a su flanco de un Estado sunní que por fuerza le sería hostil y podría animar a los sunníes libaneses a intentar un emparedamiento del partido – milicia chií.

Teherán se ha visto en los últimos tiempos obligado a concentrarse en la cooperación militar y a olvidar otros proyectos hasta que la situación en la región no se haya decantado hacia sus intereses. Hasta que esto no suceda es dudoso que se embarque en otro tipo de intervención que no sea el apoyo militar en todos los órdenes a Hezbolá.

La comunidad internacional participa a través de Naciones Unidas en la misión de UNIFIL. Creada después de la intervención militar israelí de 1978, su mandato se ha ido extendiendo y evolucionando, hasta llegar al actual a raíz de la guerra Israel-Hezbolá de 2006 su mandato es confirmar la retirada israelí de territorio libanés (determinada por una línea de armisticio y no por una frontera reconocida), restaurar la paz y la seguridad entre ambos países y ayudar al Gobierno de Beirut a asentar su autoridad en el sur del país, explícitamente determinado por el territorio al sur del río Litani.

La misión ha ido perdiendo vigencia al estar el territorio al sur del Litani pacificado y en manos del Gobierno que incluye a Hezbolá, lo que supone que no hay armas fuera de la supervisión de Beirut, aunque sea de forma parcial. Sin embargo, se mantiene una fuerza rehén que, si bien no disuade de acciones puntuales, si puede impedir una escalada entre los enemigos de 2006 que deteriore de forma imprevisible la situación internacional.

La Unión Europea⁴ ha incluido al Líbano en parte de la Asociación Euromediterránea (EUROMED), el Líbano tiene un acuerdo de asociación con la UE que le permite tanto el acceso libre de derechos al mercado europeo de productos manufacturados como un trato preferencial a los productos agrícolas, agrícolas transformados y pesqueros. Igualmente el Líbano está incluido en el Plan de Acción de la Política Europea de Vecindad. Más allá de estos discretos lazos comerciales el papel de la UE es totalmente secundario y evita involucrarse en escenarios que impliquen acciones firmes.

Más concretos han sido Arabia Saudí y los países árabes del Consejo de Cooperación del Golfo, que han financiado proyectos de infraestructuras, aunque desde comienzos de 2016 Arabia Saudí ha comenzado a recelar del Gobierno de Beirut y ha cortado los lazos de ayuda militar, como represalia a la tibieza de la reacción libanesa al asalto de la embajada saudí en Teherán tras la ejecución del clérigo chií Nimr al-Nimr. Muestra de los difíciles equilibrios de Beirut entre los dos bloques musulmanes.

Conclusiones y perspectiva

El problema del Líbano tiene un origen claro en su propia constitución y situación y una evolución marcada por el choque entre sus corrientes internas

⁴ http://exporthelp.europa.eu/thdapp/display.htm?page=cd/cd_Libano.html&docType=main&langageld=ES

y los factores externos. La organización de un estado por religiones ha hecho inevitable el enfrentamiento sectario hasta llegar a la guerra civil. El conflicto árabe-israelí le introdujo en la dinámica palestina que acabó propiciando el enfrentamiento con Israel y el surgimiento de Hezbolá, que acabaría desestabilizando las estructuras estatales. La vecindad con Siria le ha originado desde la sumisión a este país como a ser la retaguardia de su guerra civil. En suma no hay muchos actores interesados en la construcción de un estado moderno y eficiente y si muchos que ven al país como una palanca para mover sus propios intereses.

Las barreras de contención del sistema de relaciones internacionales han saltado con la guerra civil siria. La lógica geoestratégica iraní, unificar todos los territorios de mayoría chií en una red de estados vicarios de Teherán, le lleva a un intervencionismo en Siria que arrastra a Hezbolá y por ende al Líbano. La presencia masiva de refugiados supone un lastre insoportable para los servicios públicos libaneses que ya funcionaban de forma deficiente antes de la avalancha humana.

En suma, más allá de la voluntad o su falta por arreglar problemas de los actores internos, en estos momentos las causas externas son los principales motores de la situación en el Líbano. No parece que el futuro sea muy halagüeño pero no hay que desdeñar la capacidad del Líbano de convivir con las crisis y la guerra durante espacios de tiempo insoportables para otras sociedades.

Tabla de indicadores geopolíticos

TABLA DE INDICADORES GEOPOLÍTICOS		
Extensión	10.452 Km ²	
PIB	45.730. 000.000 USD	
Estructura PIB	Agricultura 74 %	
	Industria 6 %	
	Servicios 20 %	
PIB per cápita	15.675 USD (2.015)	
Tasa de crecimiento PIB	0.7% (2.015)	
Relaciones comerciales UE	15,3 %	
(Exportaciones):	África del Sur 10,69 %	
	Arabia saudí 10,2 %	
	EAU. 9,9%	
	Siria 6,9%	

TABLA DE INDICADORES GEOPOLÍTICOS		
Relaciones comerciales	UE	40,5 %
(Importaciones):	China	11,5 %
	USA	5,7 %
	Rusia	5,6 %
	Turquía	3,6 %
Población	4.200.000 (2.008)	
	280.000 Palestinos	
	2.000.000 Refugiados sirios (2.015)	
Estructura de edad	0-14	23,5 %
	15-64	67,5 %
	Más de 65	9 %
Tasa de crecimiento de la población	1,38 %	
Grupos étnicos	Árabes 92 %	
	Armenios 6%	
	Otros 2%	
Religiones	Islam Chií 41 %	
	Islam Suní 27 %	
	Cristianos Maronitas 16 %	
	Otras Iglesias cristianas 9 %	
	Drusos 7 %	
Tasa de alfabetización de la población	90 %	
Población bajo el umbral de la pobreza	28 %	
IDH	0,679 (67 / 188)	
Gasto militar % del PIB	4,04 %	

Cronología del conflicto

CRONOLOGÍA	
CAP.	Líbano
FECHA	ACONTECIMIENTOS
1943	Independencia del Líbano de Francia
1946	Salida de las tropas extranjeras
1958	Guerra civil. Intervención norteamericana.
1968	Enfrentamiento Ejército / OLP. Acuerdos de El Cairo. Presencia OLP se hace oficial
1975	Inicio Guerra Civil

CRONOLOGÍA	
CAP.	Líbano
FECHA	ACONTECIMIENTOS
1976	Despliegue de tropas de la Liga Árabe, mayoritariamente sirios.
1978	Intervención Israelí hasta el río Litani
1982	Ofensiva Israelí hasta Beirut que expulsa a la OLP.
1983	Retirada Israelí al sur del Litani. Fundación de Hizbulá como segregación del partido chií Amal
1985 / 1988	Guerra de los Campamentos, Amal contra la OLP
1988	Enfrentamientos Amal / Hizbulá con victoria de este.
1989	Acuerdos de Taif
1991	Disolución de la milicias excepto Hizbulá y el Ejército del Sur del Líbano proisraelí.
1993	Combates Ejército del Líbano / Hizbulá.
1985 / 1988	Guerra de los Campamentos, Amal contra la OLP
1988	Enfrentamientos Amal / Hizbulá con victoria de este.
1989	Acuerdos de Taif. Fin de la Guerra Civil
1991	Disolución de la milicias excepto Hizbulá y el Ejército del Sur del Líbano proisraelí.
1993	Combates Ejército del Líbano / Hizbulá.
1996	Operación "Uvas de la Ira" de Israel en el sur del Líbano
2000	Retirada israelí de la zona de seguridad del sur del Líbano. La zona es ocupada por Hizbulá
2004	El Gobierno del Líbano se niega a desarmar a Hizbulá
2005	Asesinato del Primer Ministro Rafiq Hariri. Revolución de los Cedros. Retirada de las tropas sirias.
2006	Conflicto Hizbulá - Israel
2009	Elecciones con amplio respaldo del bloque 14 de marzo (sunni / cristiano pro Hariri)
2011	Retirada de los Ministros de Hizbulá. Comienzo de la Guerra Civil Siria.
2012	Enfrentamientos en Trçipoli y Beirut. Asesinato del General Wissam al-Has-san, sospechas sobre Hizbulá.
2013	Asesinato del Ministro de Economía Muhammad Shattah en Beirut.
2014	Atentados en los barrios de Beirut controlados por Hizbulá. Bloqueo institucional
2015	Imposición de visados a los refugiados sirios. Intentos del Estado Islámico de tomar posiciones en territorio libanés.
2016	Hizbulá declarado terrorista por el Consejo de Cooperación del Golfo